

Bandas Sinfónicas del Dartmouth College y FaM UNAM

Los grupos venían de presentarse el 21 de marzo en el Teatro Principal en Puebla, así que en estricto sentido los estrenos mundiales y mexicano ocurrieron allá y no en la CDMX.

De la obra de Gabriela Ortiz, una especie de movimiento perpetuo o de ostinato sobre una melodía corta y muy pegajosa bastaría con decir que desde su aparición en el final del cuarto movimiento de su cuarteto de cuerdas «Altar de muertos» de 1997 —a menos que ella lo tuviera esbozado ya desde antes y eso yo no lo sé— ya había sido un logro alcanzado. La melodía es bellísima, efectiva, eficaz y atrapadora. Como lo ha dicho la misma compositora en otras ocasiones y en las notas al programa, a partir de allí satisfizo el encargo que le hicieran el director Gustavo Dudamel y LAPHill para una pieza orquestal celebratoria de la posibilidad de regresar a los conciertos con público presencial a medida que se relajaban las restricciones por la pandemia. Y ahora le tocó el turno a una versión para banda sinfónica de alientos. Más que una versión, es una obra nueva para banda sinfónica que no es la especialidad de Ortiz y ese es otro aspecto a destacar.

Crescendo es un término que aplica bien a las dinámicas, texturas, masas y colores. Todo va ganando desde el discreto inicio con dos trompetas fuera de escena a las que responden otras dos en el escenario. La riqueza de las percusiones, habitual en las obras de Ortiz, saca provecho de cada instrumento con sus peculiaridades claras y distinguibles dentro de una gran masa instrumental y sonora. El final es enérgico, con todo lo que había a disposición. En una coda sin gesto cadencial.

La «Onda tropical» de Rodrigo Martínez puso al frente en posición solista un trío de percusiones de congas, bloque de madera y guira, apenas por detrás de la solista del acordeón quien se destacó desde ese punto en adelante en todo el concierto. En las obras siguientes ella estuvo en la sección de percusiones que son sus instrumentos habituales. Desde el inicio el acordeón sugiere un sonido vallenato de Monterrey y poco después parece dispuesta a desplegar un ritmado paseo vallenato que toca con toda la pulsión que su cuerpo le imprime al instrumento. El diálogo con el trío de percusiones trae rítmicas muy características del género y enriquece el diálogo con la solista. La obra se termina a poco de iniciarse este intercambio y luego de lo que parecía como una extensa introducción que prometía un interesante desarrollo de las posibilidades desplegadas. Me dejó la impresión de que los planteamientos están bien esbozados y que había material de sobra para sacar provecho del motivo. Solo que el final ocurre muy pronto.

La obra «Iteraciones ciudadinas» de Charles Daniels arranca con las voces más graves del grupo diestramente contrastadas por el golpe en el bombo y látigo que el director marcó con atinada energía y una precisión maravillosa. Reaccionan las voces agudas de los alientos y esto va contribuyendo a crear una atmósfera cargada de contrastes que hacen entender lo apropiado del título. En un gesto que llamaré mahleriano, de entre el caudal de instrumentistas, la mayoría permanece en reposo mientras unos pocos tienen partes que tocar. En el tutti que le sigue hay un empleo masivo de las percusiones, incluyendo los timbales que desaparecen fundidos entre la masa del grupo. Hay enseguida un tejido en el que sobresale un fraseo de onda minimalista como parte de otros recursos de expresión. Los timbales, que tienen bastante que hacer, continúan ocultos entre la masa de las percusiones mientras se va presentando un contrapunto delicado entre grupos que resulta en una malla de sonido rico y complejo. El final es súbito y sugiere la

máxima utilización de las posibilidades que los materiales proponían. Un logro en sus proporciones recompensado por la brevedad de la pieza.

Para la obra de Enrico Chapela se despobló bastante el escenario. Un grupo de percusiones se movió al frente en línea con la batería solista y comenzó un verdadero concierto de secciones claramente diferenciadas en su carácter y tempi. Entre la elocuente destreza del solista y la magnífica escritura para la batería, cuando se distinguen elementos rockeros y jazzistas estos van a cargo del ensamble. El solista está a salvo de riffs y ritmos estables con fraseos obvios que habrían sido lamentables. La parte solista está ritmada al punto que entre instrumentistas del grupo se veían cabezas, torsos o pies que llevaban el pulso de base. Y, tan pronto como a su justo momento, llegó una cadenza lucidísima en la que el material de origen estaba sugerido como punto de partida y de tejido de las elaboraciones cadenciales y punto de llegada para retomar el regreso del grupo, comenzando por los timbales con los que la batería dialogó bellamente. El piano sonó entre las percusiones como verdadero instrumento de percusión, también en un diestro empleo de esa posibilidad. Un poco más adelante el grupo van entrando en un fraseo corto rockero que arrastra a la batería por unos pocos compases a sumarse. Las percusiones vecinas al solista actúan allí, como lo hicieron a lo largo de la obra, como una extensión de las posibilidades del solista, ampliando el sonido y los contrastes entre metal y parche tan bien asignados y aprovechados por el solista. La pandereta sobre soporte, los bongos con baquetas y las congas a golpe de mano se ensamblaron al sonido solista dándole realce. Una breve cadencia del solista jalonó a las percusiones del frente (ahora todas de mano), atrajo la percusión de base y los intercambios entre grupos del ensamble. La coda en crescendo con notas cortas que replicaron en los alientos las pulsiones de la batería llevó a la conclusión de esta intensa y deliciosa obra. En conjunto se trata de un concierto maravilloso que goza de proporciones estupendamente logradas.

Ricardo Rozental 02/05/2023

<https://sonuslitterarum.mx/alentador-y-completo-bandas-sinfonicas/>